

Bram Stoker

Drácula



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Dracula*
Traducción: Francisco Torres Oliver

Primera edición: 1999
Sexta edición: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth
Diseño cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiasen, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© De la traducción: Francisco Torres Oliver
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1999, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-9181-910-3
Depósito legal: M. 5.024-2020
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Capítulo 1
31	Capítulo 2
51	Capítulo 3
71	Capítulo 4
91	Capítulo 5
105	Capítulo 6
125	Capítulo 7
147	Capítulo 8
169	Capítulo 9
191	Capítulo 10
213	Capítulo 11
233	Capítulo 12
259	Capítulo 13
283	Capítulo 14
307	Capítulo 15
329	Capítulo 16
345	Capítulo 17
367	Capítulo 18
393	Capítulo 19
413	Capítulo 20
435	Capítulo 21
457	Capítulo 22
477	Capítulo 23
499	Capítulo 24
523	Capítulo 25
547	Capítulo 26
573	Capítulo 27

*A mi querido amigo
Hommy-Beg*

Capítulo 1

Diario de Jonathan Harker (Redactado taquigráficamente)

Bistrita, 3 de mayo.—Salí de Múnich el 1 de mayo a las 8:35 de la tarde, y llegué a Viena por la mañana temprano; debía haber llegado a las 6:46, pero el tren llevaba una hora de retraso. Budapest debe de ser una ciudad preciosa, a juzgar por lo que observé desde el tren y lo poco que anduve por sus calles. No me atreví a alejarme de la estación porque habíamos llegado con retraso y saldríamos lo más de acuerdo posible con el horario correcto. Tenía la impresión de que salíamos de Occidente y nos adentrábamos en Oriente: el más occidental de los espléndidos puentes del Danubio —que aquí adquiere una doble anchura y profundidad— nos trasladó a las tradiciones de predominio turco.

Salimos a la hora prevista y llegamos de noche a Klausenburg. Aquí dormí en el Hôtel Royale. Comí, o más

bien cené, pollo adobado con pimentón picante, muy bueno, aunque me dio mucha sed. (*Nota:* conseguir la receta para Mina.) Le pregunté al camarero y me dijo que se llama *paprika hendl*, y que como es el plato nacional, podré tomarlo en cualquier lugar de los Cárpatos. Aquí me han sido muy útiles mis pocas nociones de alemán; no sé cómo me las habría arreglado sin ellas.

En Londres había dispuesto de unas horas y las había aprovechado para ir al Museo Británico a consultar en su biblioteca los libros y mapas sobre Transilvania; se me ocurrió que sería una ayuda tener alguna idea del país antes de entrevistarme con un noble de esa región. Averigüé que la comarca que indicaba se halla en el extremo este del país, justo en el límite de tres regiones: Transilvania, Moldavia y Bucovina, en mitad de los Cárpatos, y que es una de las zonas de Europa más remotas y menos conocidas. No descubrí en ningún mapa el lugar exacto del castillo de Drácula, ya que no existen de este país mapas comparables a los de nuestro Servicio Cartográfico, pero averigüé que Bistrita, la ciudad de posta que indicaba el conde Drácula, era bastante conocida. Consignaré aquí algunas notas que me refresquen la memoria cuando le cuente a Mina el viaje.

En la población de Transilvania hay cuatro pueblos distintos: los sajones en el sur, y mezclados con ellos los valacos, que son descendientes de los dacios; los magiares en el oeste, y los szekelys en el este y el norte. Me hallo viajando entre estos últimos, que se proclaman descendientes de Atila y de los hunos. Puede que sea verdad porque cuando los magiares conquistaron el país en el siglo XI encontraron a los hunos ya establecidos aquí. He

leído que en la herradura de los Cárpatos se reúnen todas las supersticiones del mundo, como si fuese el centro de una especie de remolino de la imaginación; si es así, mi estancia me va a resultar interesante. (*Nota:* preguntar al conde sobre todo esto.)

No dormí bien, aunque la cama era bastante cómoda; tuve un montón de sueños extraños. Un perro estuvo aullando toda la noche al pie de mi ventana; quizá tuvo algo que ver con eso; o quizá tuvo la culpa la páprika, porque me bebí toda el agua de la jarra, y aún seguí con sed. Me dormí cuando ya amanecía, y me despertaron las repetidas llamadas a la puerta, por lo que supongo que debí de coger un sueño pesado. En el desayuno tomé más páprika, una especie de gachas hechas con harina de maíz que aquí llaman *mamaliga*, y berenjenas rellenas, plato muy exquisito que llaman *impletata*. (*Nota:* pedir receta también.) Tuve que desayunar deprisa y corriendo porque el tren salía poco antes de las ocho; o más bien tenía que haber salido a esa hora, ya que después de llegar con la lengua fuera a la estación a las 7:30 estuve sentado en el vagón más de una hora, hasta que arrancó. Me parece que cuanto más al este vamos, menos puntuales son los trenes. ¿Cómo serán en China?

Tardamos todo un día en recorrer una comarca repleta de bellezas naturales de todas clases. Unas veces veíamos pequeños pueblitos y castillos encaramados en cerros enhiestos como los que se ven en los viejos misales; otras corríamos junto a ríos y torrentes que a juzgar por sus anchas márgenes de piedra parecen experimentar grandes crecidas. Hace falta mucha agua, y que corra con fuerza, para que un río tranquilo rebase sus bordes exte-

riores. En todas las estaciones había grupos de gente, a veces multitudes, con vestidos de todas clases. Algunos hombres iban igual que nuestros campesinos, o como los que he visto al atravesar Francia y Alemania, con la chaqueta corta, el sombrero redondo y los pantalones de confección casera; pero otros iban muy pintorescos. Las mujeres parecen bonitas si no miras de cerca, pero son muy bastas de cintura. Todas llevan mangas blancas de una u otra clase, y la mayoría se ciñen anchos cinturones con un montón de cintas que revolotean a su alrededor como los vestidos de ballet; pero, naturalmente, llevan saya debajo. Los tipos más raros que vimos fueron los eslovacos, que son más bárbaros que el resto, con sus grandes sombreros, pantalones amplios de color claro, camisas blancas de hilo y enormes cinturones de cuero, de casi un pie de ancho, tachonados con clavos de latón. Calzaban botas altas, con los pantalones embutidos en ellas, y tenían el pelo largo y un bigote espeso y negro. Son muy pintorescos, pero no parecen simpáticos. En el escenario se les tomaría en seguida por una cuadrilla de salteadores orientales. Sin embargo, según me han dicho, son bastante inofensivos y faltos de agresividad.

Llegamos ya anochecido a Bistrita, que es una ciudad vieja y llena de interés. Dado que está prácticamente en la frontera —el desfiladero de Borgo conduce de allí a Bucovina—, ha tenido una existencia azarosa, que desde luego le ha dejado huellas. Hace cincuenta años sufrió una serie de incendios que causaron terribles catástrofes en cinco ocasiones distintas. Nada más iniciarse el siglo XVII, soportó un asedio de tres semanas en el que perdieron la vida trece mil personas, víctimas directas de

la guerra, a las que hay que sumar las del hambre y las enfermedades.

El conde Drácula me había indicado que me alojase en la posada Golden Krone, que para gran alegría mía resultó ser muy antigua, porque, como es natural, estaba deseoso de conocer lo más posible sobre costumbres del país. Evidentemente me esperaban, porque al llegar a la puerta me recibió una mujer de edad, de expresión alegre, ataviada con el traje típico de campesina –saya blanca y delantal doble, por delante y por detrás, de paño de colores, quizá demasiado ceñido para el recato–. Cuando llegué a donde estaba ella, me saludó con una inclinación de cabeza y dijo:

–¿El *Herr* inglés?

–Sí –dije–; soy Jonathan Harker.

Sonrió, y dio instrucciones a un viejo en mangas de camisa que la había seguido hasta la puerta. Desapareció el viejo, y regresó en seguida con una carta:

«Querido amigo:

»Bienvenido a los Cárpatos. Le espero con impaciencia. Duerma bien esta noche. Mañana a las tres saldrá la diligencia para Bucovina; en ella habrá una plaza reservada para usted. Mi coche le estará esperando en el desfiladero de Borgo para traerle a mí. Confío en que haya tenido un feliz viaje desde Londres, y que disfrute de su estancia en mi hermoso país.

»Su amigo,

Drácula»

4 de mayo.—Me enteré de que el posadero había recibido una carta del conde pidiéndole que me reservase la mejor plaza de la diligencia; pero cuando le pregunté detalles se mostró reservado y fingió no entender mi alemán. No podía ser cierto, ya que hasta ese momento me había entendido perfectamente; al menos, contestó a mis preguntas como si me hubiera entendido. Él y su mujer, la señora que me había recibido, se miraron como asustados. Él murmuró que le habían mandado el dinero junto en una carta, y que eso era todo lo que sabía. Cuando le pregunté si conocía al conde Drácula y si podía hablarme de su castillo, se santiguaron los dos, y tras decirme que no sabían nada, se negaron a decir nada más. Faltaba tan poco para partir que no tuve tiempo de preguntar a nadie más, porque era todo muy misterioso y muy poco tranquilizador.

Cuando iba ya a marcharme, la señora mayor subió a mi habitación y exclamó, casi al borde de la histeria:

—¿Debe ir, joven *Herr*? ¿De verdad debe ir?

Estaba tan excitada que parecía haber perdido el alemán que sabía, y lo entremezclaba con otra lengua que yo desconocía por completo. Pude seguir su discurso dificultosamente haciéndole muchas preguntas. Cuando dije que debía partir en seguida, y que iba por un asunto importante, me volvió a preguntar:

—¿Sabe qué día es?

Le contesté que el 4 de mayo. Ella meneó la cabeza y repitió:

—¡Sí! ¡Lo sé, lo sé!; pero ¿sabe qué día es? —Y al decirle que no comprendía, prosiguió—: Es la víspera de San Jorge. ¿Sabe que esta noche, cuando el reloj dé las doce,

todos los seres malignos del mundo andarán libremente por ahí? ¿Sabe usted adónde se dirige y a qué va?

La vi tan angustiada que intenté tranquilizarla, aunque sin resultado. Por último cayó de rodillas y me imploró que no fuese, al menos que retrasase la marcha un día o dos. Todo esto era ridículo, pero no dejaba de inquietarme. Sin embargo, tenía un asunto que resolver y no permitiría que nada me lo estorbase. Así que traté de levantarla, y le dije, lo más seriamente que pude, que se lo agradecía, pero que mi deber no admitía demora, y no tenía más remedio que ir. Entonces se puso de pie y se secó los ojos; y quitándose del cuello un crucifijo, me lo ofreció. Yo no sabía qué hacer, porque como miembro de la Iglesia anglicana, me han enseñado a considerar en cierto modo idólatras estas cosas, pero al mismo tiempo me parecía muy poco cívico hacerle un desaire a una señora mayor tan bien intencionada y en semejante estado de ánimo. Supongo que leyó la duda en mi rostro, porque me puso el rosario alrededor del cuello, y dijo: «Por su madre», y abandonó la habitación. Esta parte del diario la estoy escribiendo mientras espero la diligencia que naturalmente viene con retraso; y aún llevo el crucifijo alrededor del cuello. No sé si se deberá a los miedos de esa señora, pero no me siento tan tranquilo como antes. Si este cuaderno llegara a Mina antes que yo, que le lleve mi último adiós. ¡Ahí llega la diligencia!

El castillo, 5 de mayo.—Se ha disipado el gris de la madrugada, y el sol está muy arriba del horizonte, que parece dentado, no sé si por los árboles o por los cerros, porque está tan lejos que las cosas grandes se confunden

con las pequeñas. No tengo sueño, y como no me va a llamar nadie hasta que me despierte, me pondré a escribir hasta que me entre sueño. Hay un montón de cosas extrañas que quiero consignar, y para que el que las lea no piense que cené demasiado antes de salir de Bis-trita, permitidme que diga cuál fue exactamente mi cena. Tomé lo que aquí llaman «filete de bandido»: tocino troceado, con cebolla y carne de vaca, sazonado todo con pimentón picante, ensartado en unos bastones y asado al fuego, ¡al estilo sencillo de la carne de caballo que se vende en las calles de Londres! El vino era un *mediasch* dorado, que produce una especie de picor en la lengua que, no obstante, no resulta desagradable. Tomé un par de copas nada más.

Cuando subí a la diligencia, el cochero aún no había ocupado su sitio; vi que estaba charlando con la posadera. Evidentemente hablaban de mí, porque de vez en cuando me miraban, y algunos clientes que había sentados en un banco junto a la puerta —que ellos llaman con un nombre que significa «el mentidero»— se acercaron a escuchar, y luego me miraron casi todos con expresión de lástima. Oí que repetían a menudo ciertas palabras; palabras extrañas, ya que en el corro había gentes de las más diversas nacionalidades; así que saqué discretamente del maletín el diccionario multilingüe y las busqué. Confieso que no me llenaron de aliento, ya que entre otras estaban *Ordog*, ‘Satanás’; *pokol*, ‘infierno’; *stregoi-ca*, ‘bruja’; *vrolok* y *vlkoslak*, que significan igualmente (una eslovaca y otra serbia) algo así como ‘hombre-lobo’ o ‘vampiro’. (*Nota*: preguntar al conde acerca de estas supersticiones.)

Cuando nos pusimos en marcha, la multitud congregada en la puerta de la posada, que ahora había aumentado considerablemente, se santiguó y apuntó con dos dedos hacia mí. Con alguna dificultad, logré pedirle a otro pasajero que me dijese qué significaba aquello; al principio no quiso contestarme, pero al enterarse de que yo era inglés, me explicó que era un exorcismo o protección contra el mal de ojo. No era muy agradable para mí, que partía hacia un lugar desconocido para visitar a un hombre desconocido, pero todos se mostraron tan bondadosos, tan afligidos y tan compasivos que no pude por menos de sentirme conmovido. Nunca olvidaré la última imagen de la posada, con aquella multitud de figuras pintorescas, todas santiguándose, bajo el amplio arco de la entrada, recortadas sobre un fondo de abundantes adelfas y naranjos plantados en cubas verdes agrupadas en el centro del patio. A continuación, nuestro cochero, cuyos amplios calzones de hilo —que ellos llaman *gotza*— cubrían casi por entero el pescante, hizo restallar su gran látigo por encima de los cuatro caballos; arrancaron éstos a un tiempo y emprendimos la marcha.

No tardaron en quedar atrás mis temores espectrales ante la belleza del paisaje por el que viajábamos; aunque, de haber conocido yo la lengua —o más bien las lenguas— que hablaban mis compañeros, puede que no se me hubieran disipado con tanta facilidad. Ante nosotros se extendía una tierra verde, inclinada, poblada de bosques y sembrada de cerros empinados coronados de árboles o caseríos, con los blancos hastiales pegados al camino. En todas partes había cantidades sorprendentes de frutales en flor: manzanos, ciruelos, perales y cerezos; y al pasar

por delante pude observar que la hierba de debajo de los árboles estaba salpicada de pétalos caídos. Por entre estas verdes colinas de lo que aquí llaman la *Mittel Land* discurría el camino, perdiéndose al describir una curva, o al ocultarla la linde imprecisa de algún bosque de pinos que de cuando en cuando descendía por las pendientes como una lengua de fuego. La calzada era desigual, pero volábamos por ella con febril celeridad. Yo no entendía el por qué de tanta, pero era evidente que el cochero estaba decidido a llegar a Borgo Prund en el menor tiempo posible. Me dijeron que este camino está muy bien en verano, pero que aún no lo habían arreglado después de las nevadas del invierno. En este sentido, es distinto de la mayoría de los caminos de los Cárpatos, pues existe una vieja tradición según la cual no hay que conservarlos en demasiado buen estado. En el pasado los hospodars no querían arreglarlos por temor a que los turcos creyeran que los preparaban para traer tropas extranjeras y se apresurasen a iniciar la guerra, que en realidad estaba siempre a punto de estallar.

Más allá de las verdes colinas de la *Mittel Land* se elevaban laderas imponentes de bosque hasta las alturas orgullosas de los mismos Cárpatos. Las vimos erguirse a derecha e izquierda de nosotros, iluminadas por el sol de la tarde, que hacía resaltar los colores espléndidos de esta hermosa cordillera, azul y púrpura en las sombras de los picos, y marrón donde las rocas se mezclan con la hierba, y una interminable perspectiva de peñascos y riscos puntiagudos que se perdía a lo lejos, donde se alzaban los picos nevados. Aquí y allá, aparecían enormes hendiduras en las montañas a través de las cuales,

cuando empezaba a declinar el sol, veíamos de trecho en trecho el blanco centelleo de alguna cascada. Uno de mis compañeros me tocó el brazo cuando pasábamos junto a una colina y me señaló el pico orgulloso y nevado de un monte que surgió ante nosotros mientras serpeábamos por el ondulante camino:

—¡Mire! ¡El *Isten szeck!* ¡La silla de Dios! —Y se santiguó con devoción.

Mientras seguíamos nuestro camino interminable el sol descendía cada vez más a nuestra espalda y las sombras de la tarde empezaban a crecer a nuestro alrededor. Este efecto se acentuaba aún más por el hecho de que el sol se demoraba en las nevadas cumbres que parecían emitir un delicado y frío resplandor sonrosado. De cuando en cuando nos cruzábamos con checos y eslovacos, todos con trajes pintorescos; pero observé que el bocio estaba lamentablemente extendido entre ellos. Junto al camino había numerosas cruces, y cada vez que pasábamos junto a ellas mis compañeros se santiguaban. De cuando en cuando veíamos algún campesino o campesina arrodillados ante una capilla, y ni siquiera se volvían al pasar nosotros sino que, entregados a su devoción, no parecían tener ojos ni oídos para el mundo. Había muchas cosas que eran nuevas para mí: por ejemplo, los almiares en los árboles, o los grupos de abedules diseminados aquí y allá, con sus blancos troncos brillando como la plata entre el verde delicado de sus hojas. De cuando en cuando nos cruzábamos con un *leiterwagon*, carruaje habitual del campesino, con su espinazo de ofidio, calculado para salvar las irregularidades del terreno. Sobre ellos iban sentados grupos de campesinos que regresaban a casa

con sus pieles de cordero, blancas las de los checos y de colores las de los eslovacos, llevando estos últimos, a manera de lanza, largos astiles con hacha en el extremo. Al atardecer empezó a hacer frío y el crepúsculo pareció sumir en oscura bruma la negrura de los árboles –roble, hayas y pinos–; aunque en los valles que discurrían profundos entre los espolones de los montes, cuando subíamos hacia el desfiladero, los negros abetos se alzaban sobre un fondo de nieve recién caída. A veces, cuando el camino atravesaba los bosques de pinos que en la oscuridad parecían cerrarse sobre nosotros, las grandes masas grisáceas, que aquí y allá formaban los árboles, producían un efecto singularmente espectral y solemne que favorecía los lúgubres pensamientos y figuraciones que sugería el atardecer, cuando el sol poniente proyectaba sobre el extraño relieve las nubes fantasmales que se deslizaban sin cesar entre los valles de los Cárpatos. A veces, los montes son tan escarpados que a pesar de la prisa del cochero, los caballos se veían obligados a ir al paso. Quise bajarme y caminar junto a ellos, como hacemos en mi país; pero el cochero no me lo consintió.

–No, no –dijo–; no debe andar por aquí; los perros son demasiado feroces –y añadió, con lo que evidentemente quería ser una broma siniestra, pues se volvió para ganarse la sonrisa aprobadora de los demás–: ya tendrá usted bastante ración de esto antes de que cierre los ojos esta noche.

La única vez que se detuvo fue para encender los faroles.

Cuando oscureció los pasajeros se pusieron nerviosos y, uno tras otro, empezaron a decirle cosas al cochero,

como instándole a que fuese más deprisa. Y el cochero castigaba sin piedad a los caballos con su gran látigo, y los urgía a esforzarse más con gritos furiosos de aliento. Entonces, en medio de la oscuridad, distinguí delante de nosotros una especie de claridad grisácea como de una hendidura entre los montes. Aumentó el nerviosismo de los viajeros; la diligencia saltaba locamente sobre las grandes ballestas de cuero y se escoraba como un barco sacudido por un mar tempestuoso. Tuve que sujetarme. El camino se hizo más llano y entonces pareció que volábamos. Se fueron acercando las montañas a uno y otro lado, elevándose amenazadoras sobre nosotros: estábamos entrando en el desfiladero de Borgo. Varios pasajeros me ofrecieron regalos uno tras otro, insistiéndome con tanta vehemencia que no pude rechazarlos; eran de lo más variados y singulares, aunque cada uno me lo daba con sencilla buena fe, con unas palabras amables y una bendición, y esa extraña mezcla de gestos atemorizados que ya había visto hacer delante de la posada de Bis-trita: la señal de la cruz y la protección contra el mal de ojo. Después, mientras corríamos, el cochero se inclinó hacia adelante, y los pasajeros, asomándose a uno y otro lado del coche, escrutaron ansiosamente la oscuridad. Era evidente que esperaban o temían que ocurriera algo excepcional; pero aunque les pregunté a uno tras otro, ninguno me quiso dar la menor explicación. Este desasosiego se prolongó durante un rato; y por fin, vimos abrirse el desfiladero hacia el este. En el cielo desfilaban nubes oscuras e inquietas, y en el aire había una sensación densa y opresiva de tormenta. Era como si la cordillera separase dos atmósferas, y entráramos ahora en la

tormentosa. Me asomé tratando de descubrir el vehículo que debía llevarme hasta el conde. A cada instante esperaba ver el resplandor de los faroles en la oscuridad, pero todo era negrura. La única luz visible eran los rayos vacilantes de nuestros faroles, que revelaban en forma de nube blanca el vaho de nuestros extenuados caballos. Ahora pudimos distinguir la calzada arenosa y blanca delante de nosotros, pero no había señal alguna de otro vehículo. Los viajeros se arrellanaron con un suspiro de alivio que pareció una burla a mi desencanto. Me había puesto a pensar qué debía hacer ahora, cuando el coche-ro, tras consultar su reloj, dijo a los demás algo que oí a duras penas ya que lo hizo en voz muy baja. Creo que fue: «Una hora de adelanto». A continuación, volviéndose a mí, añadió en un alemán peor que el mío:

–Aquí no hay ningún carruaje. No le esperan, *Herr*. Así que tendrá que seguir hasta Bucovina y volver mañana o pasado; mejor pasado.

Mientras hablaba, los caballos empezaron a relinchar y corcovear frenéticamente, de modo que el coche-ro tuvo que sujetarlos. A continuación, entre un coro de exclamaciones de los campesinos a la vez que se santiguaban, nos alcanzó una calesa con cuatro caballos, y se situó junto a la diligencia. Pude ver al resplandor de nuestros faroles que los caballos eran unos animales espléndidos y negros como el carbón. Los guiaba un hombre alto, con una larga barba de color castaño y un gran sombrero negro que le ocultaba la cara. Sólo pude ver el destello de un par de ojos muy brillantes que parecían rojos a la luz de los faroles, en el momento de volverse hacia nosotros. Le dijo al coche-ro:

–Pasa pronto esta noche, amigo.

El hombre tartamudeó:

–El *Herr* inglés tenía prisa.

A lo que el desconocido replicó:

–Supongo que por eso quería llevarlo a Bucovina. No puede engañarme, amigo; sé demasiado, y mis caballos son veloces.

Sonrió, y nuestros faroles iluminaron una boca dura, de labios muy rojos y dientes afilados y blancos como el marfil. Uno de mis compañeros susurró a otro el verso de *Leonora*, de Bürger:

Denn die Todten reiten schnell
(‘porque los muertos viajan deprisa’)

Evidentemente el desconocido oyó el comentario porque alzó los ojos con resplandeciente sonrisa. El pasajero volvió la cara, al tiempo que se santiguaba con dos dedos.

–Deme el equipaje del *Herr* –dijo el de la calesa.

Le tendieron mis bolsas de viaje con sorprendente presteza, y él las acomodó en la calesa. Seguidamente bajé de la diligencia; la calesa se había situado muy cerca de la portezuela, y el desconocido me ayudó con una mano que me agarró el brazo como una tenaza; debía de tener una fuerza prodigiosa. Sin decir palabra, sacudió las riendas, los caballos dieron la vuelta, y nos adentramos en la oscuridad del desfiladero. Miré hacia atrás y vi el vaho de los caballos de la diligencia a la luz de los faroles, y recortadas sobre él las figuras de mis anteriores compañeros santiguándose. A continuación el cochero